

Historia por la cual los hermanos: Boni, Emilia, Pedro y Angelita López Segura, llegaron a la Argentina

Angelita López Segura

En el año 1919, España desplegaba sus tropas de ocupación en Marruecos. “La mili”, para los muchos soldados destinados en Melilla, equivalía al combate y en el peor de los casos, la muerte. Las familias y las muchachas que veían marchar hijos y novios hacia el otro lado del Estrecho de Gibraltar, quedaban sumidas en la angustiada espera de noticias, aferradas al frágil consuelo de las cartas que a veces demoraban y otras veces dejaban de llegar, dejando entrever el peor desenlace.

Pedro López Ayuso, de Quintanar de la Sierra, provincia de Burgos, era uno de esos soldados destacados en Melilla, de los que escribía con regularidad a su familia. Cada veinte días, padre y madre compartían el alivio, siempre provisorio de saber por las cartas que Pedro estaba con vida, una vida que por otra parte describía como espantosa. Pero un día dejaron de recibir cartas y tuvieron que comenzar a resignarse a la muerte del hijo.

Pasó un tiempo y llegó el momento de que Mauro, el hermano que le seguía a Pedro, cumpla el servicio militar. Don Demetrio, su padre, no permitiría que otro hijo suyo muriera en la guerra. “Me mataron un hijo, dos no”, pensó y se puso en campaña con decisión.

Solo Dios supo cómo se las ingenió Demetrio para conseguir documentos falsos y un pasaje con destino a algún lugar de América, nadie sabía exactamente cual, para embarcar a Mauro. Lo acompañó al puerto y se quedó en el muelle desde donde vería al barco alejarse; estaba agitando la mano despidiendo a un hijo, tal vez para siempre, cuando de pronto sintió que alguien le tocaba la espalda; al darse vuelta quedó cara a cara con Pedro, el hijo que había creído muerto en la guerra.

Estaba vivo y acababa de regresar del frente. Demetrio, que tantas veces había maldecido al destino, ahora se quedó sin voz, mirando a su hijo con la emoción más intransferible de su vida. Con el corazón saliéndose por la boca, señaló apenas como podía, al hijo menor que partía en el mismo momento en que recuperaba al mayor. Tardó un buen rato en poder pronunciar un apenas audible: “En ese otro barco, se va tu hermano Mauro”.

El barco dejó a Mauro en Buenos Aires y allí se quedó. Entretanto, Pedro se casó en Quintanar de la Sierra con Susana Segura y tuvieron cuatro hijos: Boni, Emilia, Pedro y Angelita.

Al crecer las dos mayores, que tenían un sentido de la independencia asombroso para la época, lograron que las permitieran ir a Madrid a trabajar en el rubro textil, en el que eran expertas. Les fue muy bien, pero no se conformaban con la prosperidad económica, querían ir a la casa del tío Mauro a la Argentina, que tanta ilusión les despertaba. Inteligentes, trabajadoras y obstinadas, lograron el permiso familiar y detrás viajó el hermano Pedro.

En Buenos Aires, Boni y Emilia progresaron tanto que dos o tres años más tarde volvieron a Europa como turistas. Regresaron al pueblo a visitar a la familia y contaron tantas cosas lindas de Argentina que Angelita que estaba terminando el Bachiller Superior en Burgos y era la más pequeña, abrió los ojos como platos escuchándolas hablar de los salones de baile, del subterráneo, de los guateques, de los veranos en Mar del Plata. También escuchó las historias del viaje de su hermano Pedro a Córdoba y hasta vio una fotografía en la sierra rodeado de dos amigos: uno de ellos era un muchacho de nombre Teodoro del Valle de Valdivielso, que no le llamó especialmente la atención, pero... el destino habló más adelante.

Angelita comenzó a soñar con embarcarse también en la aventura de emigrar, las ganas de seguir el mismo rumbo que sus hermanas se convertían casi en obsesión. A la negativa del padre, seguían los ruegos incansables de la hija. Un día, se dio una circunstancia favorable: la prima Lila, bastante mayor de edad decidió viajar a Buenos Aires; entonces Don Pedro consintió el viaje de Angelines (así la llamaban de



Angelita en la Catedral de Burgos, junto a familiares y amigos, días antes a embarcarse. De izquierda a derecha: Pedro, Lila, Angelita y Francis Chapelet, organista amigo de la familia.



Frente al Arco de Santa María, con la Catedral de Burgos detrás.

siempre en el pueblo) y la despidió con lágrimas en los ojos.

Angelita embarcó en Bilbao acompañada, con mucho entusiasmo y confiada: tenía tres hermanos y la esperaban del otro lado del océano, en el puerto más europeo de América. Apenas instalada en el departamento familiar de Sarmiento y Pueyrredón, sus hermanas anunciaron el programa de su primera salida porteña. Al cabo del largo viaje de Angelita que había comenzado en Burgos, los hermanos le hicieron saber: “Vamos a llevarte al *Centro Burgalés*”.

Corría el año 1957, cuando Angelita se integró rápidamente a los hábitos del *Burgalés* al ser recibida muy bien por todos. Le gustaba mucho el baile, los encuentros de canto y las clases de baile español y folclore argentino. También había un grupo de mujeres que jugaban a los bolos burgaleses en cancha de tierra, a ella le enseñó a jugar Doña Constantina, abuela de Julia Hernando, con la que se encariñó mucho y después de jugar la partida de bolos, iban al salón de cartas a tomar el té y a armar la partida de canasta. Vivieron muchas cosas entrañables e inolvidables. Pero para definir como caló tan profundo en su corazón el *Centro Burgalés*, ellos lo llaman: “su segundo hogar”.

